

R E V I S T A D E  
ECONOMIA  
&  
TRABAJO

Nº 10

2000

TRABAJO Y TEORÍA SOCIAL

*Antonio Aravena Carrasco*

La sociología del trabajo en Chile: contribuciones y temas de estudio.

*Jorge Rojas Flores*

Los trabajadores en la historiografía chilena: balance y proyecciones.

*Raúl González Meyer*

Reflexionando al trabajo desde el propósito del desarrollo económico  
(hacia una humanización del trabajo).

ECONOMÍA Y DESARROLLO

*Patricio Escobar Sanhueza*

Empleo, desempleo y reactivación: problemas en el corto y mediano plazo.

*Luis Hidalgo Valdivia*

Globalización y derechos económicos, sociales y culturales.  
Balance en la situación continental.

RELACIONES LABORALES

*Manuel Razeto Barry*

El proceso de reformas laborales. Itinerario, enseñanzas y propuestas para el mundo sindical.

*Carlos Arze Vargas*

El movimiento sindical boliviano y el nuevo contexto laboral.

PROGRAMA DE ECONOMÍA DEL TRABAJO - PET

# LOS TRABAJADORES EN LA HISTORIOGRAFÍA CHILENA: BALANCE Y PROYECCIONES\*

JORGE ROJAS FLORES\*\*

## INTRODUCCIÓN

Es sabido que los trabajadores han pasado a ocupar un lugar muy secundario en nuestra sociedad. En el imaginario popular ya no está presente la idea del trabajador como un sujeto central en la construcción de la sociedad. Su *status* social se ha debilitado y no aparece siquiera vinculado en calidad de víctima de la explotación capitalista. La victimización se ha centrado en otros sectores. La situación es bastante distante de lo que se observaba en los años 50 y 60.

Múltiples razones han hecho variar radicalmente este escenario. Importante ha sido el efecto de las transformaciones económicas, políticas y culturales en las últimas décadas, así como el colapso de las experiencias socialistas. Esto ha llevado a que la centralidad del trabajo haya sido desplazada por el predominio de otras esferas. La racionalidad del mercado, la valoración del riesgo empresarial, la paz social, la opinión pública, los derechos del consumidor, los actores sociales y la ecología han reemplazado al predominio ideológico que antaño tenían categorías como las de clase, conciencia, pueblo y cambio social, así como una concepción del hombre entendido como productor de valor económico.

Cada época ha reflejado en las distintas disciplinas, entre ellas la historiografía, sus valoraciones, su percepción de los fenómenos, su ideología más hegemónica, sus objetos de estudio más codiciados. En Chile, desde los años 50 hasta los 70, la centralidad que se le atribuía a la lucha de clases en múltiples dimensiones de la vida puso a los trabajadores en un lugar de privilegio. Se los estudiaba por su relevancia política, social, económica y cultural. Allí se decidía y se comprendían gran parte de las tensiones que enfrentaba la sociedad.

Hoy el contexto nos propone una mirada distinta. Las expectativas no dejan de estar presentes, pero el sabor de la derrota, la ausencia de alternativas, el debilitamiento de la conciencia social, está en el trasfondo de muchas interpretaciones del pasado remoto y reciente. Aunque, paradójicamente, y en contraste con lo que sucede en otras

\* Este artículo se realizó en el marco del proyecto FONDECYT Nº 1000085. Una versión preliminar del texto fue leído por los historiadores Gonzalo Rojas F., Julio Pinto V., Marco A. León y Sergio Grez T., y por los sociólogos Antonio Aravena y Patricio Escobar, a quienes agradezco sus comentarios. Varias de sus apreciaciones me sirvieron para afinar algunos juicios.

\*\* Licenciado en Historia, investigador del Programa de Economía del Trabajo (PET) y profesor de las universidades Diego Portales, ARCIS y Católica de Chile.

latitudes, la investigación sobre temas laborales no se ha detenido, sino, al contrario, ha florecido. Y no solo en términos numéricos, sino además en cuanto a la riqueza temática y de enfoques<sup>1</sup>.

En este artículo intentaremos reconstruir las distintas miradas que han estado presentes en los estudios históricos que se han referido a los trabajadores, es decir, el modo en que cada época se ha acercado a nuestro objeto de atención: los trabajadores. Veremos, por tanto, los supuestos teóricos, los énfasis en las interpretaciones, las limitaciones y riquezas de las reflexiones y los contextos que han dado vida a los distintos esfuerzos en ese sentido<sup>2</sup>.

No es este un recuento pormenorizado de todo lo que se haya escrito en el ámbito que nos preocupa<sup>3</sup>. Tanto la cantidad de textos, de muy diversa calidad y carácter, como la dificultad de acceso, hacían imposible plantearse ese objetivo<sup>4</sup>. Más bien nos interesaba identificar las principales tendencias sobre la base de una revisión suficientemente extensa, pero no completa, que diera origen a una reflexión comprensiva del conjunto. Las referencias y comentarios a los estudios consultados no siempre surgieron con igual intensidad y extensión, ya que todos ellos eran funcionales a nuestro propósito y no a la temática específica de cada caso. En otro contexto, es probable que debiéramos haber destacado con mayor fuerza a algunos, por su aporte particular a determinados tópicos. Pero aquí optamos por privilegiar las ideas generales subyacentes en ellos, en el sentido de nuestras preguntas centrales, y no los textos en sí mismos.

Al final, esperamos aportar a la discusión sobre preguntas centrales que siguen pendientes: en qué condiciones es posible levantar una historiografía laboral que permita comprender los procesos relativos a los trabajadores que están en curso y que incluye aspectos ideológicos, relacionales y materiales.

En las páginas iniciales hacemos una reconstrucción cronológica que abarca desde los precursores hasta la época contemporánea. Sin embargo, en la reflexión sobre este último período nos detenemos en sus componentes internos, abstrayendo las diferencias entre los distintos momentos involucrados.

## I. LOS PRECURSORES

En términos generales, los recuentos historiográficos no reconocen un lugar importante a los precursores de la historia laboral. Cuánto se distancian estos textos del relato periodístico o los recuerdos personales, no lo discutiremos en esta ocasión. Solo queremos hacer notar que la recuperación de la historia de los trabajadores no se dio

<sup>1</sup> Lo podemos inferir a partir de este estudio, pero también lo destaca John D. French, en "The Latin American Labor Studies Boom" (*International Review of Social History*, vol. 45, part 2, august/2000, págs. 279-308).

<sup>2</sup> Sobre este tema solo conocemos los balances parciales que han ofrecido Eduardo Cavieres, "Nuevas perspectivas para una siempre vigente reflexión: los trabajadores del salitre y el movimiento sindical chileno a comienzos del siglo XX" (*Cuadernos de historia*, N° 9, 1989, págs. 167-174) y Sergio Grez T., "Movimiento popular urbano en Chile entre el cambio de siglo y la época del Centenario (1890-1912). Avances, vacíos y perspectivas historiográficas" (*Contribuciones científicas y tecnológicas*, N° 109, agosto/1995, págs. 37-45).

<sup>3</sup> Una aproximación bibliográfica al tema de las "relaciones laborales" es lo que ofrecen Alvaro Góngora E. y Leonardo Bravo González, en "Fichero bibliográfico. 'Las relaciones laborales en Chile 1810-1973'" (*Dimensión histórica de Chile*, N° 2, 1985, págs. 142-219 y *Addenda*, en N° 3, 1986, págs. 279-296). Este esfuerzo se basó, en parte, en una investigación anterior de Jorge Barría S., *Bibliografía de relaciones del trabajo* (DERTO, Universidad de Chile, Santiago, 1977).

<sup>4</sup> El principal vacío se refiere a los estudios publicados en el extranjero. No siempre se encuentran accesibles en las bibliotecas chilenas y su disponibilidad en las bibliotecas personales es limitada.

inicio con los llamados clásicos. Además, estos primeros esfuerzos ya prefiguraron las distintas vertientes que con el tiempo se desarrollarían.

Moisés Poblete Troncoso, por ejemplo, aportó gran parte de la información que utilizaron posteriormente otros autores (muchas veces sin cuidar su confrontación con otras fuentes). En especial dos de sus textos han sido relevantes: *La organización sindical en Chile y otros estudios sociales* (Ministerio de Higiene, Asistencia, Previsión Social y Trabajo, Santiago, 1926) y *El movimiento de asociación profesional obrera en Chile* (Jornadas 29, El Colegio de México, CES, México, 1945)<sup>5</sup>. En ellos, Poblete enfatizó los aspectos institucionales, orgánicos y políticos, como lo harían posteriormente Barría y Jobet, aunque desde una perspectiva ideológica opuesta. El tono general es de valoración de los esfuerzos por regular el conflicto laboral (proceso donde él tuvo un papel protagónico) y de reprobación hacia la orientación revolucionaria, para él una vertiente espuria del sindicalismo. Sobre la base de la información aportada por este autor se extendieron algunos mitos, como por ejemplo el nivel de influencia que tuvo la FOCH y el escaso poder de los anarquistas. Estos datos fueron utilizados con posterioridad y con ello se desvirtuó el peso de algunas organizaciones<sup>6</sup>.

Domingo Amunátegui Solar es un autor que tiene un punto de partida distinto. En primer lugar, no define su interés por los trabajadores organizados, sino por "las clases populares". Su texto *Historia social de Chile* (Editorial Nascimento, Santiago, 1932) se publicó en un contexto de efervescencia social que explica este salto en el enfoque. Aunque su aspiración era únicamente "delinear el cuadro, para que otros, con mayor preparación y mejores aptitudes, lo perfeccionen y concluyan", logró innovar al reconocer la existencia de dos historias. Una era conocida, vivida y escrita por el pequeño grupo de la elite dirigente (que llama aristocracia). La otra permanecía oculta, desconocida y mayoritaria, y correspondía a las "clases populares, de los modestos labriegos, de los artesanos, de los empleados domésticos, de los obreros, en otros términos, de los que no tienen apellido, de aquellos que llevan una vida oscura en la choza campesina o en el conventillo de la ciudad". Destacó el aporte que estos sectores hacen a la economía, y además agregó que "sus necesidades, sus aspiraciones, sus vicios mismos componen la levadura, que, produciendo activos fermentos, provocan las reformas y los adelantos". Su mirada era obviamente política: "El estudio imparcial de las clases populares, de su origen, de su desenvolvimiento y de sus posiciones, en ningún caso será un trabajo estéril; y, a la inversa, evitará grandes males y ruinosas catástrofes" (págs. 7-8).

La vertiente con influencia marxista, y que se concentró en el proletariado, se dio inicio con varias tesis y libros de divulgación. Uno de los primeros parece ser el de Angel Calderón Barra, titulada *Transformación de la huelga económica en medio de acción política contra el Estado (concepción marxista): legislación sobre huelga en*

<sup>5</sup> No consideramos otros textos de Poblete, que tienen un carácter más general. Por ejemplo, *El movimiento obrero latinoamericano* (Fondo de Cultura Económica, México, 1946); o el que escribió junto a Ben G. Burnett, *The Rise of the Latin American Labor Movement* (College and University Press, New Haven, 1962).

<sup>6</sup> De Shazo atribuye esto a la historiografía marxista, aunque la información es difundida por autores anteriores. Esta "subvaloración" del peso que tuvieron los anarcosindicalistas, así como la exagerada afiliación atribuida a la FOCH, formó parte de la disputa política de los años 20 entre ambas corrientes. Sin embargo, la propia prensa comunista entrega información que permite corregir estas cifras. De ellas se vale el propio De Shazo. Moisés Poblete (quien no simpatizaba con los ideales socialistas) asignó a la FOCH 76 mil afiliados aproximadamente, de los cuales 40 mil corresponderían a la minería del salitre. Además, la califica como la organización más importante e influyente. Poblete, *La organización sindical*, pág. 26 y anexo V. De Shazo, *Urban Workers and Labor Unions in Chile, 1902-1927* (Wisconsin University Press, Madison, 1983), págs. XXIII-XXV, págs. 194-197.

*Chile: evolución histórico social del movimiento obrero* (memoria de prueba, Lic. en Ciencias Jurídicas y Sociales, Universidad de Chile, Santiago, 1937), que contenía, además de una exposición doctrinaria, un breve capítulo sobre la evolución histórico-social del movimiento obrero en Chile. La narración se da inicio con la época colonial, cuando –según el autor– las condiciones sociales y económicas no hicieron posible la organización de los trabajadores y tampoco “las agitaciones públicas” ni intentos de rebeldía por parte de los sectores más expuestos a la miseria. No obstante carecer de base documental, este juicio parece haber sido bastante generalizado hasta que surgieron investigaciones que dieron cuenta de los estallidos de violencia social durante la Colonia<sup>7</sup>.

La década del 40 aportó otros tres textos importantes. Uno de ellos fue el de Aristodemo Escobar Zenteno, *Compendio de la legislación social y desarrollo del movimiento obrero en Chile* (s/e, Santiago, 1940). Como inspector del trabajo, su propósito era divulgar la legislación del trabajo. Sin embargo, su aproximación hacia la historia sindical es bastante completa, sin ocultar sus simpatías hacia las vertientes revolucionarias. En su texto dio bastante cobertura al anarcosindicalismo, a diferencia de otros autores.

El único texto contemporáneo que manifiesta esta valoración por el anarcosindicalismo es el de Luis Heredia, *Cómo se construirá el socialismo* (Editorial CGT, Imp. Gutenberg, Valparaíso, 1936)<sup>8</sup>. Aunque, en este caso, el relato tiene un carácter más bien testimonial, que escapa a los objetivos de este recuento.

Tulio Lagos Valenzuela, por su parte, en su *Bosquejo histórico del movimiento obrero en Chile* (Memoria de prueba, Fac. Ciencias Jurídicas y Sociales, Universidad de Chile, Imprenta El Esfuerzo, Santiago, 1941), tenía por finalidad ofrecer una “visión panorámica objetiva, en lo posible exacta, despojada de prejuicios” (pág. VII). Su idea era entregar una interpretación global y no una sucesión inconexa de hechos. Apoyándose en Luis Galdames, Barros Arana y Domingo Melfi, entre otros, el autor afirmaba que la mayoría de la población hasta 1830 no había tenido protagonismo. Fueron los cambios ocurridos a partir de esa época lo que cambió el escenario. En su texto pasa revista a la experiencia igualitaria de las sociedades mutuales, y las primeras huelgas en el salitre. Después de describir el surgimiento de la cuestión social, Lagos reconstruyó el origen de la FOCh, incluyendo una crítica a su vinculación partidaria en los años 20, que fue acompañada por un ciclo de reflujo. La valoración que hace del proceso de unidad que llevó al surgimiento de la CTCh es evidente, aunque no deja de criticar a la burocracia que la ha desviado hacia el plano político. Siguiendo un enfoque tradicional, el autor pasa revista a los partidos de la clase obrera y también a las vertientes anarquistas, para culminar con alguna información referida a los empleados.

En estos años, los intentos por reconstruir la historia de los trabajadores todavía no alcanzaron un gran desarrollo. Pero ya se dieron los primeros pasos que anticiparon varios de los enfoques que se perfilarían con posterioridad. Amunátegui es el único que escapó a la tendencia que privilegiaba por sobre todo a los trabajadores organiza-

<sup>7</sup> Sin prestar mayor atención al período colonial, Calderón menciona la existencia de corporaciones o gremios de artesanos urbanos que protegían los intereses de los maestros frente a los aprendices y oficiales. Cita como referencia un artículo de Jaime Eyzaguirre, “Notas para la crónica social de la Colonia. El gremio de zapateros de la Ciudad de Santiago” (*Boletín del Seminario de Derecho Público en la Escuela de Ciencias Jurídicas y Sociales de Santiago*, Nº 6, 2º sem./1935, págs. 45-56). Este estudio se concentra en mostrar las disputas de este gremio por el control de los precios y de la comercialización de sus productos. En ese mismo boletín se publicaron varios artículos precusores en la temática colonial, que posteriormente se convertirían en textos más elaborados Como el de Guido Zolezzi, que se publicaría más tarde como libro y que citamos más adelante.

<sup>8</sup> La segunda edición se publicó bajo el título *El anarquismo en Chile (1897-1931)* (Antorcha, México, 1981).

dos y planteó la necesidad de reconocer el protagonismo de las clases populares, en un sentido más amplio. Poblete hizo un balance positivo de la creciente intervención estatal en materia laboral, entendida como una expresión de la mayor sensibilidad social y el triunfo de la justicia. Pero otros autores fueron más sensibles a una postura crítica que ya prefiguraba los enfoques marxistas.

## II. LA TRADICIÓN CLÁSICA MARXISTA

Los primeros autores que se plantearon el estudio histórico de la clase trabajadora del modo que se conocería como representativo del "marxismo clásico" fueron Julio César Jobet, Marcelo Segall, Hernán Ramírez Necochea, Jorge Barría Serón, Fernando Ortiz, Luis Vitale y Enrique Reyes.

Aunque pertenecientes a distintas generaciones y con muchas diferencias internas, todos ellos tuvieron en común el dedicar su atención a este tema por una preocupación que nacía de un interés político explícito por aportar al protagonismo de los trabajadores y la proyección de un proyecto socialista.

El proletariado industrial y minero pasó a ser su objeto prioritario de estudio, y en especial, su creciente organización y politización en una ideología que se entendía como liberadora. Esta selección intencionada dejó a un lado, obviamente, a un grueso de la población trabajadora que no se incorporó, sino muy tardíamente, en este proceso de modernización capitalista. En Chile, como en otras latitudes, los obreros del sector industrial y minero pasaron a constituir los grandes protagonistas de la historia de la salvación y redención de la humanidad. Esta filosofía de la historia hacía casi inevitable que el ordenamiento de los hechos siguiera una secuencia que se encaminaba hacia un desenlace conocido y necesario.

La década del 50 y 60 fue el contexto en que se dio inicio a estas investigaciones, esto es, una época caracterizada por la constitución de una estrategia política que comenzaba a dar sus primeros pasos en la arena electoral y la lucha social. Julio César Jobet, Hernán Ramírez, Fernando Ortiz, Luis Vitale y todo el resto, en distintos grados, participaron de ese proceso (como académicos y militantes) y esperaron contribuir, con su trabajo profesional, al fortalecimiento de estas dinámicas.

En parte, esta vertiente recibió la influencia crítica que aportó la historiografía liberal de los años 30 y 40, más sensible a las temáticas sociales y lejana de la herencia más elitista de la escuela conservadora. En ese sentido se enmarca el reconocimiento que hiciera, en su tiempo, Julio César Jobet a historiadores como Luis Galdames o Guillermo Feliú Cruz.

La primera incursión historiográfica de Jobet fue su memoria de título como profesor (del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile), publicada años más tarde bajo el título de *Santiago Arcos Arlegui y la Sociedad de la Igualdad (un socialista utopista chileno)* (Imprenta Cultura, Santiago, 1942). Posteriormente escribió "Movimiento social obrero" en el texto colectivo *Desarrollo de Chile en la primera mitad del siglo XX* (Ediciones de la Universidad de Chile, Santiago, 1951<sup>9</sup>). Allí avanzó más en la línea del estudio del mundo popular. Pero fue su *Ensayo crítico del desarrollo económico-social de Chile* (Editorial Universitaria, Santiago, 1951<sup>10</sup>) el que lo lanzó de

<sup>9</sup> Hay una edición de Editorial Zig-Zag del año 1953.

<sup>10</sup> La primera edición correspondió a "tirada aparte" de un artículo publicado en *Anales de la Universidad de Chile*, 1er y 2do trimestre/1951. La primera edición como libro (Editorial Universitaria, Santiago, 1951) incluyó un prólogo de Guillermo Feliú Cruz (fechado en enero de 1952). La segunda edición apareció en 1955 (Colección América Nuestra, Editorial Universitaria, Santiago) y la tercera en 1982 (Centro de Estudios del Movimiento Obrero Salvador Allende, Casa de Chile, México).

lleno a plantear una nueva visión de la historia de Chile. Su interés era global (una "visión panorámica del proceso nacional en una síntesis histórica y sociológica") y por ello el espacio que dio a los sectores subordinados competía con la descripción de los fenómenos económicos y el análisis del comportamiento de la elite.

Pronto surgió el debate y la descalificación desde las mismas filas bajo influencia marxista. Lanzando críticas tanto a Hernán Ramírez<sup>11</sup> como a Julio César Jobet (a quienes consideraba "estudiosos menores", págs. 30-38), Marcelo Segall presentó su *Desarrollo del capitalismo en Chile. Cinco ensayos dialécticos* (Editorial del Pacífico, Santiago, 1953), donde anunciaba la verdadera aplicación del método "materialista dialéctico". El período que cubría la investigación era de 1848 hasta 1900 y en él Segall dio un amplio espacio para reconstruir el papel de los sectores populares, como una manifestación temprana de la lucha de clases. Los grandes protagonistas populares en este texto fueron los artesanos y el emergente proletariado. Recién en un texto de 1962, que cubriría el período anterior (de 1817 a 1848), aparecerían los "elementos populares". En ese artículo, "Las luchas de clases en las primeras décadas de la República de Chile: 1810-1846" (*Anales de la Universidad de Chile*, N° 125, 1er sem./1962, págs. 175-218), Segall buscó las distintas expresiones de la lucha social (o "guerra social", como también la denomina) y las encontró en el robo de minerales, la rebelión contra los reglamentos e incluso en el bandolerismo. En todo caso, su valoración del proletariado seguía siendo alta. En este último texto señalaba: "La masa popular no era un proletariado moderno, consciente, colocado en su papel de renovador de la sociedad en su conjunto" (pág. 5).

Pero en 1953, cuando publicó sus "ensayos dialécticos", Segall todavía se encontraba reconstruyendo la etapa más "política" que culminaba en 1900, por lo menos en su texto. Aunque el libro había sido presentado como una colección de ensayos, la abundancia de datos sin referencias bibliográficas le restó solidez al texto, volcado más hacia la formulación de hipótesis. Contrastando con este enfoque, en forma simultánea se publicaba un estudio bastante distinto en su formato y objetivos. La continuidad se limitaba a ubicar el año 1900 como el punto de partida, allí donde Segall había terminado su libro. Se trataba del joven Jorge Barría, y su estudio *Los movimientos sociales de principios del siglo XX (1900-1910)* (memoria para optar al título de profesor de Historia y Geografía, Instituto Pedagógico, Universidad de Chile, Santiago, 1953). Aunque con muchas falencias metodológicas<sup>12</sup>, fue el texto que inauguró la preocupación por reconstruir los hechos más relevantes en la lucha social, probablemente por influencia de su profesor tutor Guillermo Feliú Cruz. El autor trata de anular sus juicios e intenta dejar que los datos hablen por sí solos.

Simultáneamente Osvaldo Arias Escobedo hacía algo similar en *La prensa obrera en Chile* (memoria de título, profesor de Historia y Geografía, Instituto Pedagógico, Universidad de Chile, Santiago, 1953). Esta recopilación comentada de los periódicos sindicales y de partidos populares que se publicaron entre 1900 y 1930 fue editada recién en 1970<sup>13</sup>, pero se enmarca dentro de este esfuerzo inicial por sentar las bases de una futura historiografía sindical. Aunque menos conocida, también de esta época es la memoria de prueba de Carmen Ortiz Zvietcovich e Iván Ljubetic, *Estudio sobre el origen y desarrollo del proletariado en Chile durante el siglo XIX* (memoria de prueba, profesor de Estado en Historia, Geografía y Educación Cívica, Instituto Pedagógico, Universidad de Chile, Santiago, 1954). Dirigida por Ramírez Necochea, este texto siguió el formato tradicional de una introducción económica, una descripción de las condiciones sociales y alguna información sobre las luchas reivindicativas. Su interpretación no difiere de la que luego Ramírez desarrollaría en su libro. Aunque

<sup>11</sup> En esta época Ramírez Necochea todavía no publicaba su texto sobre el movimiento obrero.

poco conocida, esta tesis es superior al primer texto de Barría, por lo menos en la entrega de la información. Por la misma época, Floreal Recabarren ofrecía su memoria de prueba en la misma Universidad, bajo el título *Historia del proletariado de Tarapacá y Antofagasta. 1884-1913* (memoria, Instituto Pedagógico, Universidad de Chile, Santiago, 1954).

Jobet reconoció haber utilizado extensamente las tesis de Jorge Barría y Osvaldo Arias para la realización de su propio libro, *Recabarren. Los orígenes del movimiento obrero y del socialismo chilenos* (Prensa Latinoamericana, Santiago, 1955)<sup>14</sup>. Sin duda, fue este texto el que condensó su primera mirada a la historia del movimiento obrero. De hecho, el título se presta a confusión, ya que se extiende a una época bastante posterior a la de Recabarren. La obra intenta demostrar la progresiva maduración de la conciencia entre los trabajadores, que culmina con la "fórmula revolucionaria" que lleva a la emancipación sobre la base de la conjunción entre "el sindicato y el partido"<sup>15</sup>.

Hernán Ramírez publicó el año siguiente su *Historia del movimiento obrero. Antecedentes siglo XIX* (Editorial Austral, Santiago, c.1956)<sup>16</sup>. Su interés no estuvo puesto tanto en esa época ni en sus actores más protagónicos (el artesanado), como en los continuos aportes que se hicieron a la conformación de una conciencia de clase en el naciente proletariado. Todo su planteamiento de investigación se orienta a reconstruir el camino del proletariado consciente.

Ramírez parte indicando en la introducción a su libro que "el proletariado es en Chile —lo mismo que en todo el mundo— la clase a la que pertenece el porvenir". Los restantes sectores sociales, el artesanado, los campesinos y los sectores medios, estaban en desconstitución o eran arrastrados por los procesos de creciente concientización. Por tanto, el real protagonismo recaía en la clase obrera moderna. El vacío histórico que se proponía llenar Ramírez no tenía un propósito únicamente académico, sino sobre todo político, como él mismo lo reconocía. Era importante que "el proletariado nacional conozca su verdadera historia". "En pocas palabras: a través del conocimiento de su historia, el proletariado chileno hará más fuerte y a la vez más profunda su conciencia de clase, podrá aprehender mejor la ideología que específicamente le corresponde y así seguirá con mayor certeza y confianza la ruta que la evolución histórica le tiene señalada"<sup>17</sup>.

Este sesgo vanguardista y teleológico es muy marcado en el texto de Ramírez, a diferencia de los restantes autores que comentamos. Esto se extiende a sus polémicos juicios sobre las ideologías pequeño burguesas y ultraizquierdistas que antecedieron a la maduración de "la ideología que específicamente le corresponde" al proletariado. Al anarquismo, por ejemplo, lo calificó de "una fuerza de esencia reaccionaria, aunque cubierta con seductores ropajes revolucionarios", propia de sectores no-proletarios<sup>18</sup>.

Su discípulo, Fernando Ortiz Letelier, no cayó en esos extremos. Por lo menos, en el texto *El movimiento obrero en Chile (1891-1919) Antecedentes* (memoria para optar al título de profesor de Historia y Geografía, Instituto Pedagógico, Universidad de Chile,

<sup>12</sup> Al respecto, es visible la ausencia de referencias a las fuentes documentales.

<sup>13</sup> El texto de Osvaldo Arias fue público en 1970 con leves modificaciones: *La prensa obrera en Chile. 1900-1930* (Colección Convenio Cultural CUT-U N° 1, Universidad de Chile-Chillán, 1970).

<sup>14</sup> Reeditada bajo el título *Recabarren y los orígenes del movimiento obrero y el socialismo* (Prensa Latino Americana, Santiago, 1973).

<sup>15</sup> Al final del texto, el autor señala: "El sindicato y el partido de clase corresponden a la fórmula revolucionaria de que la 'emancipación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos'." Jobet, *Recabarren*, pág. 172.

<sup>16</sup> Reeditada treinta años más tarde por Ediciones LAR, Concepción, 1986 y 1988.

<sup>17</sup> Ramírez, *Historia del movimiento obrero*, edición de 1986, págs. 13-16

<sup>18</sup> *Idem*, págs. 236-242



Santiago, 1956) que presentó ese mismo año, no se observan juicios tan destemplados. Esta tesis esperarfa treinta años para que llegara a publicarse, en el exilio, en memoria del trágico fin de su autor, asesinado durante la dictadura de Pinochet (Ediciones Michay, Libros del Meridión, Madrid, 1985).

Jorge Barría pudo presentar su segundo resultado de investigación, esta vez notablemente superior al primero, en 1960, bajo el título *Los movimientos sociales en Chile desde 1910 hasta 1926 (aspecto político y social)* (memoria de prueba, Lic. Ciencias Jurídicas y Sociales, Escuela de Derecho, Universidad de Chile, Editorial Universitaria, Santiago, 1960). Siguiendo con su línea de reconstrucción factual, la obra es una extensa descripción de los principales acontecimientos que cruzaron la vida del movimiento sindical, en lo reivindicativo y político. A diferencia de un texto contemporáneo de Luis Vitale, *Los discursos de Clotario Blest y la Revolución Chilena* (Colección Recabarren, Editorial POR, Santiago, 1961), sobrecargado de apreciaciones políticas y juicios a veces bastante discutibles<sup>19</sup>, el texto de Barría es más frío y permite ser utilizado, en parte, como fuente de información. La interpretación explícita no está presente y solo muy tangencialmente se puede inferir<sup>20</sup>. Pero es claro el propósito de Barría por reconstruir la trayectoria de los sectores sindicales más politizados.

Barría no se restó a la interpretación predominante en la época. La trayectoria lineal de la historia de los trabajadores, que habría conducido hacia su creciente maduración política, está presente en los textos de Segall, Ramírez, Jobet, Ortiz y Barría. Pero es más explícita en los libros que resumen esta trayectoria desde sus primeros antecedentes (las sociedades mutuales) hasta la época más contemporánea. Es lo que sucede con la *Breve historia del sindicalismo chileno* (Instituto de Administración, INSORA, Santiago, 1967) y *El movimiento obrero en Chile. Síntesis histórico-social* (Colección Trígono, Santiago, 1971<sup>21</sup>). La estructura de ambos textos pretende reconstruir una "evolución", desde formas menos desarrolladas, hasta las superiores. Las mutuales son superadas por las sociedades en resistencia y las mancomunales. Las primeras dejan de ser mencionadas para que las segundas pasen a ocupar todo el escenario. Luego vendría la lucha ideológica que abriría paso a las doctrinas revolucionarias, que terminarían desplazando a las vertientes reformistas. Las etapas que se observan en la vida institucional y política de la FOCH (de conservadora a filo comunista) reflejarían esta sucesión de etapas. Y para culminar, desde la definición ideológica y su subsecuente dispersión orgánica se abre paso la unidad de la clase trabajadora, que encuentra en la CTCh y la CUT su máxima expresión.

Barría destacaba el protagonismo que había tenido la trilogía orgánica que se dieron los trabajadores para defenderse en cuanto productores (a través de los sindicatos), consumidores (por medio de las cooperativas) y ciudadanos (los partidos políticos). Por ello, el relato sigue una secuencia que establece una perfecta sincronía con los grandes procesos político-sociales que ha vivido el país. Aunque el autor se encarga de advertir que su objeto de estudio es "la clase trabajadora organizada", con lo cual incluye a campesinos asalariados y empleados, para él es claro que finalmente "la

<sup>19</sup> El texto de Vitale es un ejemplo más evidente de la influencia militante en los juicios históricos. Después de un relato de los sucesos que llevaron a la crisis de la CUT en 1960-1961, el autor ofrece un "Ensayo de historia del movimiento obrero chileno" (inserto como capítulo e incluido como cuasi subtítulo en la portada). Su libro está saturado de traiciones, verdaderos y falsos revolucionarios, así como de datos imprecisos o francamente poco serios. Un ejemplo de ello es su referencia al peso de la USRACH, a la que atribuye unos 100.000 afiliados. Vitale, *Los discursos*, pág. 69.

<sup>20</sup> Esto provocó que Enrique Reyes excluyera la línea de trabajo de Barría dentro de los estrictamente "marxistas". Enrique Reyes, *El desarrollo de la conciencia proletaria en Chile (el ciclo salitrero)* (Editorial Orbe, Universidad del Norte, Santiago, s/f c.1973), nota 2, pags. 27-28.

<sup>21</sup> Este libro fue reimpresso en 1972.

clase obrera es la que experimenta con mayor intensidad la explotación de la sociedad capitalista y que representa por eso, objetivamente, el núcleo central del movimiento de los trabajadores"<sup>22</sup>.

En el libro *Trayectoria y estructura del movimiento sindical chileno 1946-1962* (INSORA, Departamento de Relaciones Laborales, Fac. Ciencias Económicas, Universidad de Chile, Santiago, 1963) y en su texto complementario *Historia de la CUT* (Ediciones PLA, Santiago, 1971), Barría enfatizó la vida institucional, política y orgánica del movimiento sindical a nivel nacional<sup>23</sup>. Deseaba desentrañar el aporte que había hecho, y podía seguir haciendo, la CUT (y sus antecesoras) en el proceso que condujo al gobierno de la Unidad Popular. Pero, además, quería contribuir a la superación de sus tensiones internas. Algo similar hizo en *Los sindicatos de la Gran Minería del Cobre* (Instituto de Administración, INSORA, Universidad de Chile, Santiago, 1970). Allí también buscó integrar la trayectoria sindical (reivindicaciones, propuestas en el plano económico y político) con sus características institucionales y orgánicas (finanzas, estilo de liderazgo, etc.). Resalta en este y otros trabajos de Barría el uso intenso de documentación escrita, sin referencia alguna a testimonios orales de los protagonistas. En esto no logró integrar el aporte de la sociología contemporánea, que ya estaba haciendo uso de otras metodologías de investigación.

Los textos de Barría se mueven entre la apología y la crítica. Por ejemplo, en su libro sobre los sindicatos de la Gran Minería del Cobre no deja de mencionar, en tono crítico (aunque sin caer en la descalificación), la tendencia legalista y apegada al intervencionismo estatal en las relaciones laborales<sup>24</sup>. Es decir, se anticipó a reconocer las debilidades estructurales que serían el centro de la discusión sobre las características que tuvo la acción sindical en estos años.

El énfasis en la historia social y política puso de relieve el papel que jugaron los trabajadores (o un sector de ellos) en el despertar de una conciencia de clase. La gestación de un pensamiento y una conducta política autónoma en ciertos sectores de trabajadores comenzó a ser un tema de constante debate y reflexión. El análisis enfatizó la difusión de las ideas revolucionarias y las condiciones materiales que acompañaron este proceso de toma de conciencia, aunque el peso de uno u otro aspecto siempre fue un elemento de discordia. Lo demuestra el texto de Enrique Reyes, *El Desarrollo de la conciencia proletaria en Chile (el ciclo salitrero)* (Editorial Orbe, Universidad del Norte, Santiago, s/f [1973]), donde se critica los intentos de los partidos políticos por apropiarse de la gestación de esa conciencia, cuando en su opinión fue el desarrollo de las condiciones materiales las que condujeron tal proceso. A diferencia de otras interpretaciones, en su opinión, los grandes protagonistas fueron los trabajadores anónimos, y no los grandes próceres obreros (págs. 101-102). Reyes se apartó de la interpretación predominante que describía el proceso de toma de conciencia política de la masa trabajadora a partir de etapas sucesivas que partía con las mutuales y desembocaba en los sindicatos y los partidos obreros. En su opinión, el proceso de toma de conciencia debía considerar el contexto real en que se desarrollaba, y no una "secuencia formal y externa" (págs. 11-24)

Y en el balance ¿cuánto contribuyó esta reconstrucción aportada por la "historiografía clásica marxista" (aun considerando sus diferencias internas) en el desarrollo de una determinada visión, por lo menos en un sector de los trabajadores? Difícil precisarlo,

<sup>22</sup> Barría, *El movimiento obrero*, págs. 7-9 y 134-136.

<sup>23</sup> En la introducción de la *Historia de la CUT*, Barría anuncia un segundo volumen referido a la estructura de la CUT (en parte bajo el formato ya anunciado en *Trayectoria y estructura*, del año 1963). Al parecer no se publicó.

<sup>24</sup> Barría, *Los sindicatos de la Gran Minería del Cobre*, págs. 44-46.

pero de hecho ejerció mucho mayor influencia que la que podemos suponer para la actual producción intelectual. Por entonces, los textos de historia social tuvieron una amplia difusión, como fue el caso del libro de Patricio Manns, *Breve síntesis del movimiento obrero* (Nosotros los Chilenos, Nº 27, Editorial Nacional Quimantú, Santiago, 1972). Este aspecto constituye en sí mismo un tema de investigación: precisar la influencia que ejerció la historiografía en la conformación de determinados mitos. O quizás la mitología ya estaba bastante enraizada y la historiografía solo la expresó en un formato más académico y sistemático.

Pero lo cierto es que la mirada triunfalista, clasista y vanguardista de la historia de los trabajadores no solo fue una característica asociada al esfuerzo de los historiadores formados como tales. Varios libros y folletos –además de muchos artículos de prensa– elaborados por trabajadores y dirigentes cubrieron diversos ámbitos sectoriales no abordados por la historiografía de raíz más académica. Así surgió la reconstrucción histórica –parcial– de los estucadores, los panaderos, los empleados particulares, los ferroviarios, los obreros gráficos, etc., no siempre muy conocidos por el público masivo<sup>25</sup>.

La relación entre producción historiográfica y compromiso militante no se ha abandonado del todo y sigue estando en el trasfondo de la disposición proclive a estas temáticas por parte de algunos historiadores especializados en el mundo laboral. Aunque con un sello más académico que antaño y con una militancia menos partidaria. En muchos sentidos, las preguntas de fondo siguen siendo las mismas, como veremos más adelante y vienen a demostrar las grandes constantes que cruzan el debate político.